

Babelia 1.245

NÚMERO 1.245. EL PAÍS. 3 DE OCTUBRE DE 2015

PALABRA DE MUNCH

La obra del artista noruego desembarca en sus dos vertientes, pictórica y literaria: una antología de sus escritos y la exposición del Museo Thyssen.

Por Andrea Aguilar

Edvard Munch:
Autorretrato ante la
fachada de la casa (1926)

EL LIBRO DE LA SEMANA: 'La zona de interés', de Martin Amis, por Carlos Zanón

Edvard Munch, la voz

Los mitos que han rodeado al icónico pintor noruego van cayendo. Más allá de su atormentada biografía y de su inolvidable *El grito*, dos exposiciones, en Madrid y Ámsterdam, y la publicación de sus escritos arrojan nueva luz a la figura poliédrica del arrebatado artista. Por Andrea Aguilar

"En un estado de ánimo intenso un paisaje ejercerá cierto efecto sobre la persona—al representar este paisaje [la persona] llegará a una imagen de su propio estado—y esto—este estado de ánimo es lo principal".

COMO PRUEBAN SUS PROPIAS palabras, Edvard Munch (Loten, 1863-Ekely, 1944) abogó por un arte en el que el sentimiento indefectiblemente turba la vista. El filtro emocional inunda de color y de fuerza sus lienzos. Las escenas, siempre figurativas y narrativas—con historias y personajes—, se transforman. Y el arrebatado establece un potente vínculo con el espectador: atrás queda el plano objetivo, llega el ensalzamiento de lo subjetivo sin disimulo y con una notable carga de sentida sinceridad. Fue criticado y ridiculizado por críticos que clamaban que sus cuadros arañados no estaban acabados. Él, incluso ya en la madurez y plenamente consagrado, montaba sus estudios al aire libre; le gustaba el efecto que la naturaleza y los elementos podían tener sobre los lienzos.

La conexión que Munch trataba de establecer con el público no apela simplemente a la reproducción de ese mundo exterior común a todos, sino que busca el nexo en el crudo sentimiento, la angustia o la pasión que todo ser humano ha padecido. A golpe no sólo de pincel sino de pluma, en miles de cartas, en notas, aforismos, apuntes, versos y algún que otro relato, el icónico y prolífico artista noruego trató también de explicarse y defender su postura.

Este otoño ambas vertientes de Munch, la pictórica y la literaria, cobran un nuevo impulso. A la exposición *Arquetipos* en el Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid—que reúne desde el 6 de octubre hasta el 17 de enero cerca de 80 obras del artista noruego y ha sido organizada conjuntamente por el Munchmuseet de Oslo—se suma la publicación por primera vez en castellano de una antología de sus escritos en *El friso de la vida* (Nórdica).

"La escritura fue muy importante para Munch. Sintió la necesidad de expresarse por este medio, algo que resulta evidente a la vista de la cantidad de material que legó y el cuidado que puso en que no se perdiera", explica por correo Hilde Bøe, autora del prólogo de *El friso de la vida* y directora del archivo digital del Munchmuseet. A pesar de sus frecuentes viajes, el pintor guardó sus apuntes. Rara vez fechaba sus textos, usaba los mismos cuadernos para escribir y dibujar a veces durante décadas. Su tía Karen y su hermana Inger le ayudaron a conservarlos, como prueba la larga correspondencia que mantuvo con

ellas. La publicación en la Red—en noruego y alemán—del conjunto del archivo del artista dentro del proyecto *emunch* arrancó en 2011 y ya permite acceder a un 60% del material. El libro *Cuadernos del alma* (Casimiro), aparecido en septiembre, reúne una selección tomada de esta web.

"Ahora sus escritos están desempeñando un papel muy importante en la preparación de las exposiciones que sobre su obra se están realizando", añade Bøe. Por ejemplo, en la muestra *Munch: Van Gogh* que este otoño, tras su paso por Oslo, se ha instalado en Ámsterdam. La exposición enfrenta por primera vez la obra de los dos pintores, que nunca llegaron a conocerse personalmente, aunque fueron contemporáneos y compartieron una aproximación similar al lienzo. Algo de lo que el noruego era claramente consciente:

"El horno del infierno del alma—es extremadamente agresivo para los sistemas nerviosos (¡Por ejemplo Van Gogh...!) (En parte, yo mismo)"

La celebración del 150º aniversario del nacimiento de Munch en 2013 consolidó la nueva etapa que venía cuajándose desde los años noventa en torno al estudio de su obra. El pintor, cuya prolífica e intensa obra había quedado en buena medida sepultada por *El grito*—más exactamente por los cuatro gritos que pintó en el plazo de 17 años—, resurge con fuerza. Nuevos matices se añaden, como capas de pintura, a la leyenda del artista hipersensible, enfermo y atormentado.

En la infancia, Munch perdió a su madre y a una hermana por tuberculosis y se crió junto a su padre médico, estricto y devoto cristiano. A los 17 años escribió en su diario que había decidido hacerse artista, y efectivamente se entregó a la bohemia y al alcohol, frecuentó a escritores como Hans Jaeger y gracias a una beca se instaló en París en 1899 durante tres años y poco después en Berlín.

Vivió turbulentas pasiones llenas de celos y desespero, que culminaron en una bronca fatal con Tulla Larsen en la que Munch disparó una pistola y se mutiló



Arriba, *Pubertad* (1914-1916), prestado por el Munchmuseet para la muestra en el Museo Thyssen. Abajo, *Atardecer* (1888), obra de Munch del propio Museo Thyssen.

un dedo. En 1905 ingresó en un sanatorio mental después de sufrir una crisis nerviosa y volvió a ser internado tres años después. Fue definido por el poeta Strindberg como "el pintor esotérico del amor, de los celos, de la muerte y de la tristeza". En sus cuadros hay angustia, dolor, mujeres vampiro.

Igualmente cierto es que Munch vivió hasta los 81 años y que su obra, a pesar de haber sido muy criticada al principio, llegó a gozar de un amplio reconocimiento. "Fue un artista-empresario muy produc-

tivo y de gran éxito que consagró fervientemente su vida a lo único que consideraba su verdadera misión: crear una obra de gran altura y ser respetado como artista", apunta en el catálogo de *Arquetipos* Jon-Ove Steihaug, director de colecciones y exposiciones del Munchmuseet y comisario, junto a Paloma Alarcó, de la muestra en el Museo Thyssen. "No es su vida lo que nos llama la atención, sino lo que como artista logró producir". De hecho, Munch realizó 1.800 óleos, 750 grabados y un ingente número de dibujos que no han sido catalogados.

La sobrevaloración del peso de su biografía en el arte de Munch es uno de los mitos que empiezan a caer. Aunque en su biografía se pueda rastrear—y allí reside—el interés que tuvo por determinados temas (como la enfermedad o los celos), su plasmación a lo largo de cinco décadas escapa a los márgenes de esta estrecha lectura.

Otro mito que ha caído es que su obra posterior a la década de 1890 no valía realmente la pena. Contra esto cargó la exposición *Munch: The Modern Eye*, que en 2013 estudió la influencia del cine y la fotografía en la obra de las últimas etapas de su trayectoria. Munch diseñó rompedoras escenografías teatrales y realizó muchas fotografías, los planos y puntos de vista de sus cuadros tienen un carácter fuertemente cinematográfico.

Ahora, la muestra *Arquetipos*—que presenta sendos programas de cine y de conferencias—ahonda en otro de los puntos candentes en torno al artista noruego: al tratar la obra de Munch, no se debe hablar de copias en referencia a los cuadros que llevan un mismo título y tratan una misma escena, sino de versiones o interpretaciones.

"La manera en que se mira también depende del estado de ánimo y de cómo se encuentra uno en general. Esa es la razón por la que un motivo—puede verse de muchas maneras y eso es lo que hace interesante el arte".

La muestra *Arquetipos* abarca un amplio espacio cronológico de más de medio si-

detrás del grito



Edvard Munch pinta en la playa de Warnemünde, en Alemania. Autorretrato fotográfico (1907). Foto: Munchmuseet, Oslo

glo, con obras que van desde 1881 hasta 1935. Y es precisamente esta dilatada horquilla temporal lo que refuerza la idea que sustenta la exposición: Munch trabajó a lo largo de su vida con ahínco una serie de asuntos sobre los que volvía una y otra vez. Igual que el dramaturgo Henrik Ibsen hizo en sus obras, podría decirse que Munch también trabajó en torno a moldes o arquetipos que revisitaba incesantemente.

En plena efervescencia del psicoanálisis y el subconsciente, con el arquetipo jungiano que habla del mito cultural que se impone y se traslada generacionalmente con visiones estereotipadas de la mujer y del hombre, pinta Munch. En su obra aborda reiteradamente escenas como la de una pareja retratada de espaldas que mira al mar en *Los solitarios*—imagen plasmada, por ejemplo, en un grabado de 1894, en una xilografía de 1899 y en un óleo de 1935 presentados en la exposición—. Cambian los colores, la postura, el sentido, como un recuerdo cuya evocación va mutando. "Había un inventario de temas que le interesaban y repite obsesivamente obras sobre estos arquetipos en óleo, grabado y dibujo. Tenía una especie de catálogo de imágenes en la cabeza. La repetición es una fórmula moderna de experimentación", explica la comisaria Paloma Alarcó, jefa de conservación de pintura moderna del Museo Thyssen. "Quizá porque sus obras son narraciones ha costado leerlas así. La variación se ha entendido mejor en la abstracción, en las series de pintores como Rothko o de Monet con sus nenúfares", apunta Alarcó.

*"El arte es la forma del cuadro—
nacido a través de los nervios—
ojo—cerebro y corazón—
del ser humano
El arte es la necesidad
humana de cristalización
La naturaleza es el reino
infinito del que
se nutre el cuadro—".*

Melancolía, Muerte, Pánico, Mujer, Melodrama, Amor, Nocturnos, Vitalismo y Desnudos son los ejes que ordenan *Arquetipos*. La muestra arranca con la quietud y luminosidad impresionista de los retratos de sus hermanas, con figuras melancólicas que miran lejos. La sección Muerte presenta las múltiples versiones de *La niña enferma* sobre las que Munch trabajó hasta llegar a esa *Agonía* densa y expresionista. En la sección Pánico están las litografías y xilografías de *El grito*, de *Ansiedad* y de *Pánico en Oslo*. El color vuelve a tratar el tema de la mujer, donde surgen las amenazadoras vampiras, que acaban desembocando en *Celos* y *Sorpre*, y en esa habitación de papel verde moteado que presta un fondo repetido en los cuadros que desarrollan el Melodrama. Amor recoge el *Beso* con el que Munch llega a la abstracción. En Nocturnos van desapareciendo las figuras. Aún queda el Vitalismo fresco y Desnudos, el último bloque, que se cierra con *El artista y su modelo* mirando fijamente desde el lienzo. •

Edvard Munch, Arquetipos. Museo Thyssen-Bornemisza. Madrid. Desde el 6 de octubre hasta el 17 de enero.

Munch: Van Gogh. Museo Van Gogh. Ámsterdam. Hasta el 17 de enero.

Radical

Por Francisco Calvo Serraller

"Lo que hay que sacar a la luz es el ser humano, la vida", escribió el pintor noruego Edvard Munch (1863-1944), quizás, junto con Van Gogh y Gauguin, quien animó más el camino de la expresión artística de las emociones, la tendencia que, surgida a fines del siglo XIX, se convirtió en la clave basamental del expresionismo.

A las puertas de la inauguración, en la sede madrileña del Museo Thyssen-Bornemisza, de una importante retrospectiva de este gran pintor, dos editoriales españolas han publicado sus escritos: en una versión amplia y con el título *El friso de la vida* (Nórdica) y en otra más comprimida, *Cuadernos del alma* (Casimiro). Además de propender a la manifestación de los sentimientos más violentos, Munch también se preocupó por dar realce al sentido simbólico-narrativo de los cuadros en un momento en el que, por lo general, se empezaba a desdeñar este aspecto "literario" de la pintura. En este sentido, cobra particular importancia conocer sus escritos sobre lo que él pintó y, en general, sobre el arte, como ocurre con los que dejó su admirado Vincent van Gogh, nacido 10 años antes, aunque, en su caso, el frenético frenesi vital agostara prematuramente su existencia.



El friso de la vida
Edvard Munch
Traducción de Cristina Gómez-Baggethun y Kirsti Baggethun
Nórdica
Madrid, 2015
192 páginas. 15 euros



Cuadernos del alma
Edvard Munch
Traducción y selección de David Tiptree
Casimiro
Madrid, 2015
72 páginas. 8 euros

Al margen de sus propias cualidades extraordinarias como pintor, muy modernas formalmente, al comprimir al máximo los medios plásticos a su alcance, buscando la intensidad cromática y la simplificación compositiva, pues es retrocediendo hacia modelos cada vez más primitivos como en arte se progresa, la hirviente caldera emocional de Munch surgió del inesperado venero del norte de Europa, quizás porque allí el desarrollo se hizo de forma más subitáneamente abrupta. Munch perteneció de lleno a esa categoría estética que el historiador del arte estadounidense Robert Rosenblum denominó "la tradición romántica del norte", en la que el componente simbólico desempeñó un papel fundamental. No es extraño, por tanto, que su obra pictórica y escrita se encuadre a la perfección con la de los literatos contemporáneos de esas mismas latitudes, como Ibsen, Hamsun y Strindberg, con los que tuvo una relación, a veces, muy estrecha.

Por lo demás, la propia biografía trágica del pintor, cuyo medio familiar fue muy asfixiante, el de un padre exigente hasta el desequilibrio y con la amenaza constante de la muerte a su alrededor, atizó su caldera emocional hasta lo insostenible. El colapso nervioso padecido en 1908, que le recluyó un tiempo en un sanatorio, le salvó la vida, aunque atenuó la fuerza de su arte. Su escritura poético-aforística no deja un resquicio para la retórica, porque Munch quiso vivir a fondo hasta la muerte, y, quien se plantea las cosas en esta radicalidad, es trágicamente preciso, haga lo que haga. •